

**BARA BANCEL, S., SANCHEZ ORANTOS, A. (eds.), *El amor, lo sagrado y lo político*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2016, 290 pp.**

**TANIA ESPARZA GUTIÉRREZ**

Licenciada en Derecho  
Máster Estudios Avanzados en Filosofía,  
Universidad Complutense Madrid  
Madrid/España  
tesparz@gmail.com

Recibida: 1/09/2017  
Revisada: 25/09/2017  
Aceptada: 29/09/2017

*El amor, lo sagrado y lo político*, editado por Silvia Bara y Antonio Sánchez, nos ofrece una heterogénea colección de ensayos y artículos cuya línea conductora son los tres temas presentados por el título, abordados desde una perspectiva cristiana. Como señala Miguel García-Baró en su excelente prefacio, la labor del libro está íntimamente unida al momento histórico actual, en tanto “la ambigüedad de la vivencia religiosa” pone en entredicho la presencia y relevancia de la religión en el mundo. A lo largo de once capítulos, once autores ponen en valor la importancia del amor y de la experiencia de lo sagrado no sólo como experiencias personales, sino también como asuntos de relevancia en lo social y en lo político.

Los textos, que difieren en extensión enormemente, ofrecen talentos argumentativos y estilos variados; desde la claridad absoluta hasta el obscurantismo innecesario (no tiene por qué corresponderse, después de todo, con la complejidad de sus contenidos o la sofisticación de los argumentos presentados). El trabajo de revisión editorial en algunos de ellos es impecable, aunque en otros se aprecian el uso incorrecto de signos de puntuación (y en especial de la coma), y el uso inconsistente de la tilde diacrítica.

El primer bloque de artículos, dedicado al amor, se abre con *Amor y docta ignorancia*, en el que el Ignacio Verdú da un repaso a la necesaria ignorancia del ser humano a pesar de sus esfuerzos en la búsqueda de la Verdad. El hombre no accederá al fruto de la sabiduría sino por el amor a esta, que es al fin y al cabo el amor a lo divino. Un plato fuerte con el que comenzar la obra, que nos recuerda

además el ineludible llamado a la Verdad, la Belleza y el Bien en el hombre, quien a pesar de estar condenado a su propia ignorancia está también desbordado de sí, más allá siempre de lo mundano, por el Misterio que le “habita y constituye”, como nos indica el autor.

En el bien ligado *Pensar el amor desde la utopía*, de Mario Ramos, encontramos el mejor ejemplo de ajuste entre los temas del libro. Se trata de un repaso a la *Utopía* de Tomás Moro puesta en confrontación con el pensamiento utópico de Tomasso Campanella, vía Lewis Mumford. Interesa en especial la constatación del lugar central que tiene el amor en el diseño institucional de una utopía, que señala inequívocamente que la materialización social del amor es específicamente constitutiva de lo social y político.

El segundo bloque, por su parte, es dedicado a lo sagrado y lo santo, dos términos que se suponen diferentes en los textos que componen la obra. Jérôme de Gramont se aventura a una definición condensada de cada uno y del espacio entre ellos, estando ambos términos caracterizados por la separación de lo profano y de la experiencia mundana (lo sagrado y lo santo, respectivamente).

En el bello *Cuando lo sagrado enmudece, lo santo grita*, Francisco José López reflexiona, a propósito de la experiencia de Pável Florenski (y también con referencia a la de Levinás), sobre el lugar de lo santo en un mundo profanado. A pesar de que peca de excesivamente extenso (consecuencia de la insistencia por incluir extensísimos párrafos de obras a las que se hace referencia), el autor compensa el esfuerzo requerido con una hermosa apología filosófica de lo santo como “bondad insensata, en vez de desesperar”, que surge cuando todo lo sagrado parece haberse replegado del mundo. Un mensaje que recuerda la relevancia de la religión en el mundo moderno, en el que una y otra vez nos encontramos con el silencio de lo sagrado, y que nos revela el poder de lo santo, que es al fin y al cabo un ejercicio de amor.

En *La vida humana como hierofanía: manifestación de lo sagrado*, Raquel Lázaro apunta a una esencial incompatibilidad entre lo sagrado del hombre, como trascendente e inviolable, y el hombre moderno, que trata de ser arreligioso y profano. Sin embargo, como apunta Lázaro, la desacralización completa del mundo de los hombres es imposible, y será el horizonte al que apunta el hombre (el del anhelo de lo religioso o el de la profanización cientificista y reduccionista del mundo) lo que diferenciará al abstracto hombre moderno del hombre religioso, que se reivindica. Pero se reivindica bajo ciertas condiciones: no como un supersticioso reaccionario sino como un hombre que piensa al hombre también como experiencia de Dios: como *hierofanía*. Ésta sería, en fin, la única forma de respetar y satisfacer la dimensión espiritual del hombre, siendo ésta una tarea que supera a la filosófica. La desviación de lo religioso como camino de salvación, nos viene a decir, hace aparecer la violencia y condena al mundo moderno, y sólo la

sacralización del prójimo que inculca la religión parece capaz de hacer frente a esta tendencia.

En algunos artículos los temas se presentan con un desarrollo poco inspirado: Luis Bueno ofrece una divagación sobre un juego de palabras (*Derecho al amor o amor al derecho*) con poco calado real. *La necesidad del amor y el sentido de la vida en la obra de Ramón Llull* nos provee un análisis de lo prometido, centrándose sobre todo en el *Libro del amigo y del amado*, pero se echa de menos una perspectiva crítica de la autora que lo complete.

Pero las luces y sombras de la obra enmudecen en la memoria del lector junto a un ensayo en el que Manuel Suances aborda el amor desde el punto de vista de El Quijote y a través de Unamuno. Suances hila, alrededor de la evolución del amor que el héroe cervantino profesa a Dulcinea, una retahíla de afirmaciones profundamente machistas y misóginas. Basadas además en hechos no contrastados, como en el siguiente ejemplo:

Para sondear las raíces de esta problemática concreta, hay que acudir a esa idealización de lo femenino, característica de lo español. Allá muy lejos en el tiempo, en el pasado mítico y ancestral de la cultura íbera y fenicia, aparece la primacía de las divinidades femeninas. La más antigua cultura española ha sido matriarcal y eso conlleva una idealización de la mujer.

Son tres las afirmaciones sin base en estas escasas líneas: primero, que la idealización de lo femenino sea característica de lo español, al menos en tanto no reconoce que esta idealización vino siempre acompañada de su opuesto, de manera que la mujer era sólo María, pura y venerable, o Eva, causa de perdición. Segundo, que las culturas íbera y fenicia, o un cierto pasado mítico y ancestral español, fueran matriarcales<sup>1</sup>. Y tercero, que lo matriarcal conlleve una idealización de la mujer, una relación para la que no he encontrado apoyo académico. Parece en cualquier caso contra-intuitivo que en una estructura en la que las mujeres tengan el poder se extienda la simplificación de éstas a una abstracción, como ocurre con las idealizaciones.

Es inexplicable cómo el autor considera procedente dibujar una imagen intemporal del amor en el que la mujer es sólo objeto e instrumento del amor del hombre, sin capacidad propia para amar de la misma forma sublimada como él, su amante, la ama a ella, y circunscrita a corresponder con un amor terrenal y

1 De hecho, no parece que tengamos constancia de una sola cultura matriarcal, y sólo hay algunas con características matrilineales; entre estas últimas la cultura gallega, de donde quizá haya sacado el autor su afirmación-barrido. En una sociedad matrilineal las reglas de la herencia se determinan por la línea familiar de la mujer, pero esto no garantiza que las mujeres tengan ningún tipo de poder en la sociedad, que puede y suele compaginar la matrilinealidad con el androcentrismo.

maternal, imbuida del instinto e impulso de cuidarlo. Este dibujo asimétrico del amor (que es indefectiblemente heteronormativo) rescata la dinámica amante-amado del Banquete de Platón<sup>2</sup>, siendo el amado una mujer que, infantilizada y de moralidad inferior, se ve rescatada de esta intrínseca condición por el sublime amor del hombre que la eleva con su afecto. La mujer queda por tanto reclusa al papel de objeto y apoyo del hombre, sin subjetividad social propia.

El autor ignora las complejas relaciones entre las tendencias auto y heterocéntricas del amor (que sí son razonada y razonablemente abordadas en *Eros* y *ágape*, de Juan Pablo Martínez), simplificándolo prácticamente como amor heterocéntrico, romántico. No parece tampoco que el amor al prójimo pueda entonces sublimarse; un mandato poco cristiano, por lo demás.

Es insólito cómo se compagina sin embargo todo esto con una idea del amor que, si fuera también atribuible a las mujeres como personas completas (es decir, en igual consideración que los hombres), sería un bello reflejo de cómo se desborda a sí mismo. Así, en el texto no faltan afirmaciones como “En la dinámica e intencionalidad intrínseca del amor llega el momento ineludible de la expansión. Ha nacido para entregarse. Y este es su destino, so pena del fracaso de sí mismo y de la vida.” Pero, al igual que lo cortés no quita lo valiente, las instancias de verdad sobre el amor que puedan encontrarse en este texto languidecen ante el absurdo sexismo patriarcal que lo permea.

Si bien se entiende que el autor quiera ver en el amor quijotesco, heroico y honesto, un buen paralelismo con la fe del buen cristiano<sup>3</sup>, no es aceptable que se recoja como un *factum* la idea de amor que subyace a una época en la que los valores humanistas destacan por su conscripción a una parte pequeña de la humanidad. Una parte que estaba constituida exclusivamente por miembros de cierto género, de cierta raza, con ciertas creencias religiosas, y perteneciente a ciertos estamentos sociales. Se recoge sin considerar siquiera que, como parte de tal cultura, esa idea del amor refleja y justifica su estructura social y es extemporánea, y que en consecuencia tal idea requiere un análisis crítico que esclarezca en qué condiciones se puede adoptar en tiempos modernos. Lo más grave es que la perpetuación de esta idea del amor es peligrosa para la emancipación material de grupos que sólo en épocas recientes han sido debidamente reconocidos como iguales (y este reconocimiento es continuamente puesto en tela de juicio).

2 Con la marcada diferencia de que en la obra platónica los roles en la dinámica amante-amado no están determinados por el género de los participantes.

3 Un paralelismo poco acertado porque el Quijote es, al fin y al cabo, y a un tiempo, el arquetipo de lo entrañablemente ridículo.

Manuel Suances hace un análisis de la obra de Cervantes que además oscurece uno de los méritos de los que esta novela puede presumir aún hoy: la representación que se da en ella a las mujeres. En efecto, en comparación con los tópicos de mujer santa/madre o mujer maligna/prostituta que imperaban en la literatura de la época (y que todavía influyen la producción de la industria cultural actual), Cervantes nos brindó una amplia variedad de mujeres que se correspondía con la variedad de personajes masculinos de la obra. Esta variedad en los personajes es de hecho constitutiva de una de las razones por las que la obra ha superado a su propio tiempo convirtiéndose en universal: la presentación que hace de la humanidad en su cultura e ignorancia, sus sueños y sus bajezas, su dignidad, sus envidias, su nobleza, su crueldad, su espíritu aventurero. Una variedad pintada en personajes tan contradictorios, complejos, simples o sorprendentes como la vida real nos ofrece. Sin embargo, la variedad de rasgos de las mujeres que Cervantes nos presenta a lo largo de la obra, inédita hasta entonces, es ignorada por el autor de este artículo, que reduce con su lectura a todos estos personajes a la dicotomía irreal, desgastada, y típicamente patriarcal de la mujer o Madonna o puta, representadas por Dulcinea y por el resto de mujeres de la obra (incluida Aldonza), respectivamente.

Este artículo por tanto no hace justicia a la obra cervantina, ignorando precisamente uno de los principales rasgos que la hacen especial entre la literatura de su época, y además ofrece tesis misóginas como resultado de su lectura selectiva. No estamos frente a un texto que establezca razonadamente la pertinencia de adoptar tales ideas del amor<sup>4</sup> y no abre un debate intelectual sobre sus posiciones, que son sin embargo denigrantes para como mínimo la mitad de la humanidad. Por todo ello es dudoso que pueda defenderse la publicación de este texto y sorprende que sean parte de una publicación seria ya no del siglo XXI, sino de los últimos cincuenta años. La decisión de los editores de incluirlo en el libro produce perplejidad y desilusión, en tanto indica que las actitudes patriarcales están todavía tremendamente arraigadas en la cultura intelectual (y no sólo en la popular), y están además siendo defendidas explícitamente, sin reservas ni remordimientos que indiquen una conciencia mínima de su inaceptabilidad. Una decisión que ensombrece los muchos aciertos de esta obra y que no podía quedar sin ser señalada, con el franco objetivo de expresar censura moral.

4 Y un breve repaso de la bibliografía del autor no ha revelado un texto cuyo objetivo sea fundar estas ideas discriminatorias.